

## Semblanza del Embajador Gustavo Ruales Viel

---

José Ayala Lasso\*

*Miércoles 12 de octubre de 2011.  
Iglesia de La Paz.*

Poco después de haber cumplido sus ochenta años, aniversario que todos celebramos con alegría y esperanza, Gustavo Ruales nos ha dejado, en viaje hacia la trascendencia.

Sus familiares y amigos nos hemos quedado silenciosos y reflexivos. Su muerte nos ha afectado tanto como nos inspiró su vida. El supo prepararse para esta inevitable cita, con la serenidad que le era tan propia. Y la afrontó con una dignidad ejemplar, dándonos así un nuevo testimonio de la inquebrantable solidez de sus principios, de la jovialidad que humanizaba a todas sus actitudes y de la humildad con que los hombres de verdadero valor van modelando usos y costumbres, construyendo la historia y aportando al mejoramiento de la raza humana.

Para Gustavo Ruales la existencia se expresaba en el fluir de la vida acompañado del insondable misterio de la muerte.

Conocí a Gustavo desde siempre y, en la infancia, nos unieron las sanas rivalidades entre el pensionado Borja y el pensionado La Salle o entre el San Gabriel y el San Juan Bautista. Los estudios de derecho y la profesión diplomática nos colocaron en el mismo derrotero de la vida. Puedo, en consecuencia, dar testimonio fehaciente de sus cualidades y sus virtudes y, sobre todo, de cuánto Gustavo contribuyó para forjar la excelencia en la carrera diplomática ecuatoriana y, mediante su acertado ejercicio, para promover el bien del Ecuador.

Sirvió a nuestro país fogueándose como integrante de las Embajadas en México, Cuba, Chile, Colombia y Paraguay, siempre en América

---

\* Embajador, ex - Canciller de la República.

Latina. La única misión que tuvo fuera de este ámbito se desarrolló en Roma, en donde profundizó sus conocimientos de la historia clásica y su sensibilidad por el arte, gracias a ese proceso de ósmosis que se llama cultura. Fue en Roma, especialmente, en donde descubrió la significación profunda de dos realidades espirituales que le marcarían para siempre: primera, la creación de Adán, en el tumbado de la Capilla Sixtina, representada en ese tocarse apenas del dedo de Dios que transmite una vida milagrosa, luminosa y deslumbrante y del dedo receptor de la humana especie, que surge de la nada y se sorprende ante los valores y potencialidades infinitas del ser; y segunda, los versos de Terencio, quien reconociendo al mismo tiempo la nobleza y las falencias de la humana naturaleza, dice: “nada de lo humano me es extraño”. Esta fórmula áurea de auténtico humanismo haría de Gustavo un ejemplo de tolerancia, de generosidad, de comprensión.

Pertenecemos a una generación que había heredado un problema territorial no resuelto, cuya gravedad había llegado a su momento crítico. Nuestra formación y nuestras tareas estuvieron marcadas por ese trauma. Interminables charlas dedicamos con Gustavo a recordar la historia, a despojarla de la visión afectiva y patriótica y a analizarla con ojos imparciales de investigadores de hechos. Así lo hacíamos, no por indife-

rencia ante la tragedia nacional sino, por el contrario, movidos por la voluntad de concebir una solución, de esbozar un camino, de soñar con una fórmula que pudiera poner fin a la histórica controversia, que con razón copaba la mayor parte del tiempo de nuestro trabajo profesional.

En 1976 vino hacia nosotros la oportunidad de poner en práctica esas ideas. Al ser nombrado Canciller de la República, pedí a Gustavo que me acompañara como Vice-ministro. Puedo decir, con objetividad, que no hubo decisión de importancia que entonces se tomara sin que en ella no estuvieran recogidas las sabias y prudentes reflexiones de Gustavo. La función de vice canciller adquirió, en sus manos, una real importancia y se llenó de un indudable prestigio. Dos ideas fundamentales fueron los vectores de nuestro trabajo: fortalecer la capacitación profesional para que el instrumento de aplicación de las políticas estuviera permanentemente apto para enfrentar cualquier dificultad y propiciar el diálogo como método insustituible para llegar a entendimientos viables. En esa línea de pensamiento, con qué acierto y eficacia dirigió Gustavo las Embajadas del Ecuador en los vecinos Colombia y Perú y en los garantes Argentina y Brasil; cómo supo conquistar adhesiones y amistades permanentes, no solamente en el campo social sino, sobre todo, en el de la comprensión de las aspiraciones, intereses y derechos que

él, como ecuatoriano, defendía con acierto y convicción. Todos recordamos con admiración la agudeza de sus críticas y la solidez de sus análisis jurídicos cuando examinábamos, por ejemplo, las variantes tácticas que convenía adoptar en materias de tanta complejidad como el derecho del mar, la órbita geo-estacionaria, los derechos en el continente antártico, los procesos de integración y tantas otras.

Su seriedad profesional y su espíritu alegre y comunicativo le ganaron el respeto y el afecto generales. Defendía sus ideas con una cierta frialdad metodológica que, con frecuencia, terminaba desbaratando los argumentos contrarios especialmente si venían cargados de emoción. Se preparaba minuciosamente sobre los temas que examinaba y, con una caligrafía cuidadosa y elegante, escribía notas y comentarios que poco después se convertían en la sustancia de sus informes. Cuando triunfaba en los debates hacía todo lo posible para que su contradictor no se sintiera en la incómoda posición del vencido. No le interesaba humillar a nadie sino defender la verdad.

Cuando en 1997 se iniciaron las negociaciones sustantivas con el Perú, en materia territorial, Gustavo integraba la delegación ecuatoriana a la que se le había confiado tan grande responsabilidad. Había sido miembro de la Honorable Junta Consultiva de Relaciones Exteriores y poseía un envidiable bagaje de

conocimientos, enriquecidos por su participación en la Junta de Defensa Nacional. Además, formaba parte de un reducido grupo de asesores cuyo criterio, cargado de experiencia, de sabiduría y de patriotismo, era irremplazable para que el gobierno y, especialmente, la Cancillería, cumplieran con su deber de tomar decisiones.

Puedo decir ahora, en homenaje a Gustavo, que en el meticuloso trabajo de relojería que implicó la construcción de la paz, sus aportes fueron múltiples, oportunos y valiosos. Durante el complejo proceso de la negociación con el Perú, hubo momentos en los que el cúmulo de responsabilidades que pesaban sobre mis hombros se volvía insoportable. Entonces, yo sabía que era necesario conversar con Gustavo y confiarle mis preocupaciones y dudas. Este amigo ejemplar me escuchó siempre con atención y serenidad, me expuso sus ideas con franqueza, describió sin ocultamientos ni misericordia las asechanzas que podrían presentarse y siempre, invariablemente siempre, se manifestó dispuesto a compartir conmigo las eventuales desventuras que podrían reservarme las críticas de un patriotismo ingenuo o una confabulación política.

Cuando suscribimos la paz con el Perú, pedí a Gustavo que diera el nombre a la medalla que resolvió acuñar en conmemoración de tan importante momento histórico: “A los que creyeron y trabajaron por

la paz”. Y fue él también, quien, al analizar la estructura y los objetivos que debería adoptar la diplomacia para responder a los nuevos retos y oportunidades que se abrían para el Ecuador, sugirió que procuráramos que el diplomático ecuatoriano pasara a desempeñar una función que lo identificara como el nuevo “agente para el desarrollo”, el gestor de la cooperación internacional, el gran promotor de la causa ecuatoriana en el exterior. Escribió, a este respecto, un importante estudio en el que desarrolló la idea de que la nueva diplomacia debía responder al cambio de circunstancias en lo tocante a la política de vecindad y a los nuevos desafíos de la vertiginosa evolución tecnológica en todo el mundo.

Gustavo no lo decía expresamente, pero se sentía atraído por los temas de la física y de la metafísica. En nuestra última conversación, junto con el Embajador Hernán Cueva Eguiguren, uno de sus amigos más cercanos, horas antes de su muerte, comentábamos la reciente atribución del Premio Nobel a tres científicos que han analizado la expansión del universo. “Catorce mil millones de años de expandirnos”, sonreía sorprendido mientras yo le agradecía, una vez más, su último obsequio: “El gran diseño” de Stephen Hawkins. Recordemos que en su libro de relatos, publicado hace unos pocos años, nos entregó algunas de sus ideas sobre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño,

sobre la probabilidad de la existencia de otros mundos y otras formas de vida.

Jubilado ya, después de haber cumplido con creces su compromiso con la Patria en la función diplomática, Gustavo dedicó sus energías a trabajar por el mejoramiento de la educación, porque estaba convencido de que la única verdadera y probada solución para los problemas de la pobreza, la desigualdad y la injusticia, pasaba por asegurar las más amplias e igualitarias oportunidades de educación para todos los ecuatorianos. Concibió un proyecto orientado a mejorar la situación del maestro rural. Nos decía, con iluminado entusiasmo, que si se entregaban al profesor unas pocas colmenas de abejas y le se ofrecía asistencia técnica para cuidarlas, se conseguiría retenerlo en el lugar de su trabajo, lo que le permitiría dedicar más horas de atención a los niños y, al mismo tiempo, recibir nuevos ingresos para ampliar sus horizontes, al tiempo que los laboriosos insectos fecundarían mejor los campos y entregarían miel para apaciguar la acidez de las penas diarias. ¡Cómo están retratados la mente y el corazón de Gustavo en este proyecto!

La actividad académica no le fue extraña. Trabajó como asesor de la Universidad Internacional del Ecuador dos años antes de que yo, siguiendo su ejemplo, imitara sus pasos en tal sentido. Fue un profesor destacado en la Academia Di-

plomática “Antonio J. Quevedo” y conferencista en el Instituto Ecuatoriano de Altos Estudios Nacionales. Formó parte del Consejo Directivo del Centro de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina. Gustavo unió la enseñanza formal a la mejor manera de educar que siempre practicó: dar, con su vida, ejemplo de seriedad, corrección, ética y compromiso con el país.

La personalidad de Gustavo era tan amigable y tan generalmente apreciada, que por más de dos períodos fue elegido para presidir la asociación de diplomáticos en servicio pasivo, en cuyas actividades participó siempre con entusiasmo y un envidiable sentido práctico. Fue también uno de los más dinámicos animadores de un grupo que constituimos con algunos amigos, para conversar sobre temas de interés compartido. “Somos el equivalente de los tés de señoras” solía decir, entre risueño y burlón. El grupo, llamado “Reflexión”, nos reunía puntualmente todos los martes por la tarde.

En estos días de luto, otras personas se han referido, con conocimiento y autoridad, a los valores y méritos familiares de Gustavo como esposo, padre y abuelo y como cristiano creyente y practicante. No tocaré, entonces, esos aspectos de su personalidad. Pero si debo recordar que le tocó sobrellevar, con entereza, una viudez muy temprana. Cumplió sus deberes con los hijos que

nacieron de su matrimonio con Delia -nuestra recordada Cuca- de una manera ejemplar. Y tampoco puedo dejar de mencionar que cuando, viudo por algún tiempo, resolvió volver a contraer matrimonio, tuve el honor y la satisfacción de declarar, como oficiante civil, a Gustavo y María Dolores, marido y mujer. ¡Qué ejemplar vida la de ambos, alimentada por el amor y el respeto mutuo, que tan buenos frutos nos ha entregado a todos!

La muerte de Gustavo nos ha llenado de tristeza. Para mí no es un consuelo que, como todo ser humano, sea inmortal, como lo decía Bernanos en su clásica obra “Diario de un cura de campo”, porque también es y será, irremplazable.

En su quinta de Puembo, Gustavo puso en práctica algunas de sus convicciones profundas. “El hombre tiene capacidad para transformar las cosas” -decía- y uniendo la acción a la idea, en treinta años de alianza con la naturaleza, hizo que de la cangahua surgiera un vergel. Sembró allí un árbol que lentamente fue creciendo, cubriéndose de verde follaje. Es ahora un gigante que alberga a otras plantas y a flores y frutos diversos. A su sombra nos reuníamos para conversar. Es el símbolo visible de ese Gustavo Ruales Viel que, al viajar hacia otros mundos, nos ha dejado como herencia su rica y bondadosa personalidad.